

«RIQUET»

Terminado el contrato de la vieja casa ruinosa de la calle del Sena, el señor Bergeret resolvió desalojarla con su hermana y su hija para instalarse en un piso moderno de la calle Vaugirard. Así lo habían resuelto Zoé y los destinos. *Riquet* erraba tristemente por el aposento desmantelado. Le contrariaban en sus más agradables costumbres. Unos hombres nuevos, mal vestidos, insultantes y desapacibles, turbaban su reposo; al entrar en la cocina daban un puntapié á su plato de comida y á su cazuela de agua fresca; le quitaban las sillas á medida que se iba subiendo á ellas; tiraban bruscamente de las alfombras, y todo lo hacían de tal modo que, á pesar de hallarse instalado aún en su

propia casa, *Riquet* no sabía dónde meterse.

Digamos, en su elogio, que al principio intentó resistirse. Cuando levantaron el fregadero había ladrado furiosamente al enemigo, pero nadie acudió á sus voces; nadie le alentaba y, á juzgar por las apariencias, era derrotado. La señorita Zoé le había dicho con sequedad: «Cállate», y la señorita Paulina añadió: «*Riquet*, no seas ridículo».

Después de renunciar por fin á dar avisos inútiles y á luchar solo para defender el bien común, deploraba en silencio las ruinas de la casa, y buscaba inútilmente, de habitación en habitación, un poco de sosiego. Cuando los mozos de cuerda entraban en el cuarto donde él se había refugiado, ocultábase con sigilo debajo de una mesa ó de una cómoda; pero aquellas precauciones eran más perjudiciales aún, porque al poco rato el mueble se tambaleaba, subía y bajaba, crujía y amenazaba aplastarle. Entonces, con el pelo erizado, buscaba un nuevo escondrijo, tan inseguro como el anterior.

Las molestias y hasta los peligros que le hacían sufrir eran poco importantes compa-

rados á las congojas de su corazón perruno. *Riquet* sentía el sufrimiento moral, como suele decirse, intenso y profundo.

Los muebles de la casa no eran para él objetos inertes, sino seres animados y bondadosos, genios amigos cuyo alejamiento auguraba crueles desgracias. Platos, botellas, sartenes y cacerolas, todas las divinidades de la cocina; butacas, alfombras, almohadones, todos los ídolos del hogar; sus lares y sus dioses domésticos habían desaparecido. No creía que tan lamentable trastorno pudiera repararse de ningún modo y se angustiaba con la más enorme pena que su alma era capaz de sentir. Por fortuna, como le ocurre al alma humana, la de *Riquet* se distraía con facilidad y olvidaba los contratiempos. Durante la ausencia de los bruscos mozos de mudanzas, mientras la escoba de la vieja Angélica removía el arrinconado polvo del suelo, *Riquet* olfateaba rastros de ratones, esperaba el paso de una araña, y su ligera imaginación se divertía; pero muy pronto le acosaban nuevamente la tristeza y la pesadumbre.

El día de la partida, y al ver que todo empeoraba por instantes, se abatió. Lo que más dolorosamente le impresionaba, era ver que metían la ropa en profundas cajas. Paulina, con alegre precipitación, arreglaba su baúl. *Riquet* se apartó de ella, como si la hubiera sorprendido en el momento de cometer una mala acción.

Acurrucado junto á la pared, pensaba: «¡Esto es lo peor de todo! ¡Esto es el final de todo!» Y sea porque creyese que las cosas no existen cuando no se las ve, ó que sólo tratara de evitarse un penoso espectáculo, decidióse á no mirar lo que hacía Paulina. La casualidad permitió que Paulina, en su ir y venir, advirtiese la actitud de *Riquet*. Aquella actitud, realmente muy triste, parecióle cómica, dióle mucha risa y llamó al perro:

—¡Ven, *Riquet*, ven!

Pero él no se movió de su rinconcito, y ni siquiera volvió la cabeza; en aquel momento le faltaba humor para acariciar á su amita, y por un secreto instinto, por una especie de presentimiento, temía acercarse al baúl. Paulina le llamó repetidas veces, y como él no

acudía á sus llamadas, fué á cogerle y le alzó en sus brazos.

—¡Qué desgraciado eres! ¡Me das lástima!—le dijo irónicamente.

Sin comprender la ironía, *Riquet* permaneció inerte y taciturno en los brazos de Paulina; fingía no ver nada ni oír nada. Ella le dijo:

—*Riquet*, mírame!

Tres veces le repitió las mismas palabras y las tres veces en vano. Después de lo cual, ella fingió una violenta cólera y le dijo:

—¡Animal estúpido: desaparece!»

Y le arrojó dentro del baúl, cuya tapa empujó luego. Su tía la llamó en aquel instante y Paulina se fué, dejando al perro encerrado en el baúl.

El perro experimentó grandes inquietudes. Ni por asomo se figuró que le habían metido en aquel baúl por juego y en broma. Consideró su situación bastante difícil, y no quiso agravarla con investigaciones imprudentes, por lo cual estuvo un momento inmóvil y sin rechistar. Después, convencido ya de que no le amenazaba ninguna desdicha nueva, juzgó necesario explorar su tenebroso

encierro; tanteó con las patas las enaguas y las camisas, sobre las cuales había sido tan miserablemente arrojado, ansioso de hallar un resquicio por donde poder escaparse. Hacía dos ó tres minutos que se hallaba ocupado en esa tarea, cuando el señor Bergeret, dispuesto á salir, le llamó:

—¡Ven, *Riquet*, ven! Vamos á pasearnos por los muelles; un país delicioso. Allí han construído una estación de formidable fealdad y desproporciones aterradoras. El arte arquitectónico se ha perdido. Demolieron la casa que formaba la esquina de la calle de Bac y que ofrecía buen aspecto; ahora la reemplazarán seguramente por algún chabacano edificio. Menos mal si nuestros arquitectos no emplean en el muelle de Orsay el estilo bárbaro que lucieron en el ángulo de la calle Washington, en la avenida de los Campos Elíseos. ¡Una espantosa enseñanza!... Vamos, *Riquet*; nos pasaremos por los muelles; delicioso país. Pero la arquitectura está muy en decadencia... ¿Y el perro? ¿Por qué no viene? ¡*Riquet!* ¡*Riquet!*

La voz del señor Bergeret parecióle á *Ri-*

quet, muy consoladora, y para contestar al cariñoso llamamiento arañó desesperadamente con las patas las paredes de mimbre.

—¿Dónde está el perro?—preguntó el señor Bergeret á Paulina, que entraba con un brazo de ropa.

—Está dentro del baúl, papá.

—¿Y por qué está en el baúl?

—Porque hacía el tonto.

El señor Bergeret acercóse al baúl y dijo:

—De igual modo el niño Comatas, que tocaba la flauta mientras guardaba su rebaño, fué metido en un cofre, y las abejas de las musas le alimentaron con su miel. Pero tú, *Riquet*, te hubieras muerto de hambre dentro del baúl, porque no eres grato á las musas.

Después de hablar así, el señor Bergeret puso en libertad á su amigo. *Riquet* le siguió hasta la antesala, meneando el rabo, y una idea feliz cruzó por su imaginación: volvió al aposento que abandonaba, acercóse á Paulina y puso las patas delanteras sobre su vestido; sólo después de haberlo acariciado tumultuosamente, en señal de adoración,

fué á reunirse con su amo en la escalera. Hubiera sido una falta de prudencia y de religión no dar pruebas de acatamiento á una persona cuyo poder le había sumergido en un baúl profundo.

En la calle, el señor Bergeret y su perro presenciaron el espectáculo lamentable que ofrecían sus muebles abandonados en la acera. Mientras los mozos libaban en la taberna próxima, el armario de luna de Zoé reflejaba la hilera de transeuntes: obreros, mozalbetes, mocitas, vendedores ambulantes, los carromatos, los coches de alquiler, los carros de mudanza, y la farmacia con sus frascos de cristal en los que había solitarias. Apoyado en un poste el padre del señor Bergeret sonreía tranquila y suavemente dentro de su marco, bajo sus cabellos encrespados. El señor Bergeret contempló á su padre con afectuoso respeto, y lo retiró del poste. Puso también á cubierto de posibles ofensas el veladorcito de Zoé, que parecía como avergonzado de hallarse en la calle.

Entretanto, *Riquet* se frotaba las patas contra las piernas de su amo y alzaba hacia

él sus hermosos ojos afligidos, cuya mirada decía:

«Tú, que hace poco eras rico y poderoso, ¿te has vuelto pobre? ¿Te has vuelto débil, dueño mío? Permites que unos hombres desconocidos y cubiertos de andrajos, invadan tu salón, tu alcoba, tu comedor, que se arrojen sobre tus muebles y se los lleven, no sabemos adónde; que arrastren por la escalera tu cómoda butaca, tu butaca y la mía, la butaca donde reposábamos todas las noches y con frecuencia también por la mañana, el uno junto al otro. La he oído gemir al sentirse atropellada por hombres desarrapados. Nuestra butaca es un dios bueno, un espíritu amable. ¿No resistes á esos invasores? Si ya no posees ninguno de los genios que llenaban tu morada, si has perdido hasta las pequeñas divinidades que te calzabas al abandonar tu lecho, las zapatillas que yo mordisqueaba juguetón, si eres un indigente y un miserable, ¡oh dueño mío!, ¿qué será de mí?»

REFLEXIONES DE «RIQUET»

I
Los hombres, los animales y las piedras, aumentan de dimensiones cuando yo me acerco y llegan á ser enormes junto á mí. Yo no varío. Siempre y en todas partes me conservo igual.

II
Cuando el amo me ofrece bajo la mesa la comida que se llevaba poco antes á la boca, es para tentarme, y para castigarme si caigo en la tentación; porque no puedo creer que se prive de nada por mí.

III
El olor de los perros es delicioso.

IV

IIIV
Mi amo me da calor cuando estoy echado tras él en su butaca; y sucede así porque es un dios. También hay delante de la chimenea una losa caliente; una losa divina.

V

IIIIV
Hablo cuando quiero. De la boca de mi amo salen también sonidos que tienen alguna significación; pero una significación menos comprensible que la expresada por mí. En mi boca todo tiene sentido; y de la del amo salen muchas voces vanas. Es obligatorio, y resulta difícil, adivinar el pensamiento de mi amo.

VI

VI
Comer es bueno. Haber comido es mejor. Porque siempre nos acecha, para devorar nuestro alimento, un enemigo impetuoso y taimado.

VI
VII

Todo pasa y se sucede. Sólo yo subsisto.

VIII

Siempre estoy en medio de todo, y los hombres, los animales y las cosas están colocados, hostil ó favorablemente, en torno mío.

IX

Vemos en sueños hombres, perros, casas, árboles, formas agradables y formas terribles. Y al despertar, todas esas formas han desaparecido.

X

MEDITACIÓN. Amo á mi dueño Bergeret, porque es poderoso y terrible.

XI

Una acción por la cual nos castigan, es una mala acción. Una acción por la cual nos acarician ó nos ofrecen algo de comer, es una buena acción.

XII

A la caída de la tarde los poderes malhechores rondan en torno de la casa. Ladro para que mi dueño, advertido, los arroje.

XIII

ORACIÓN. ¡Oh mi amo Bergeret, dios de la carnicería: yo te adoro! Terrible, sé alabado. Amable, sé alabado. Me arrastro á tus pies; lamo tus manos. Eres grande y hermoso cuando devoras manjares abundantes ante la mesa bien servida. Eres gigantesco y hermoso cuando haces brotar la llama de un poco de leña para convertir en día la noche.

Consérvame recogido en tu casa, pero no recojas á ningún otro perro.

Y tú, Angélica, la cocinera, divinidad magnánima y grande, también eres temida y venerada, porque de ti procede lo que yo he de comer.

XIV

Un perro que no siente piedad hacia los hombres y que desprecia los ídolos reunidos en la casa del amo, lleva una vida errante y miserable.

XV

Cierto día, un jarro esportillado y lleno de agua que atravesaba el salón mojó el suelo encerado y brillante. Supongo que aquel jarro indecente recibiría un duro castigo.

XVI

Los hombres ejercen el poder divino de abrir todas las puertas. Yo sólo puedo abrir

algunas. Las puertas son gigantescos ídolos que no ceden gustosos á las mañas de los perros.

XVII

La vida de un perro está llena de peligros, y para evitar el sufrimiento es preciso velar á todas horas, durante las comidas y hasta mientras se duerme.

XVIII

Nunca sabemos si nos conducimos bien con los hombres. Es preciso adorarlos sin tratar de comprenderlos, porque su sabiduría es misteriosa.

XIX

INVOCACIÓN. ¡Oh miedo! Miedo augusto y maternal. Miedo santo y saludable, penétrame, domíname en el peligro; evítame desdichas, infúndeme temor para que no me

lance contra un enemigo y me vea después obligado á renegar de mi imprudencia.

XX

Unos coches van por las calles arrastrados por caballos. Son terribles. Otros coches andan solos y respiran muy fuerte. También son aterradores. Los hombres harapientos son detestables, como todos los que llevan cestos á la cabeza ó que ruedan toneles. No me gustan los niños que, buscándose y huyendo unos de otros, corren y gritan por las calles. En el mundo todo es amenaza y hostilidad.

El señor Bergeret sacó los cordones que sostenían el retrato.
—Ahora queda torcido—advirtió la señora Bergeret.
—¿De veras?

LA CORBATA

El señor Bergeret clavaba escarpias en las paredes de su nueva casa, y al advertir que semejante ocupación le complacía, quiso estudiar las razones por las cuales le era agradable clavar escarpias en las paredes. Halló las razones que buscaba y perdió el goce que sentía; porque su goce precisamente se hallaba reducido á clavar escarpias sin preocuparse de investigar la razón de las cosas. Mientras meditaba acerca de las desventajas del espíritu filosófico colgó el retrato de su padre en el sitio de preferencia del salón.

—Queda excesivamente inclinado hacia delante—advirtió Zoé.

—¿De veras?

—Sí; estoy segura. Se vence mucho sobre la escarpia, como si fuese á caer.